



El día de la Victoria

Hemos entrado en el tercer año de la Victoria.

Se ha celebrado con gran solemnidad el *Día de la Victoria*.

Con gran regocijo también.

Lo han celebrado todos.

Los militares con sus desfiles oficiales en homenaje siempre renovado y merecido al Caudillo.

Los escolares con sus nuevas formaciones guerreras y jubilosas, y

todos ellos con la algarada bullidora de sus años floridos.

Los comercios, las fábricas, talleres, oficinas, han cesado en el estruendo atropellado de la producción en el afán del tráfico y el negocio.

Es el Día de la Victoria.

La principal ocupación, la única, es celebrar este día de gloria y de paz.

Bien lo merece.

Sólo hace *dos años* que oímos aquel último parte de guerra, que lo era ya de paz.

"La guerra ha terminado".

¡Qué emoción! ¡Qué alegría en todos los corazones y en todos los rostros!

El año pasado estaba aún muy reciente la espantosa tragedia. La alegría era indescriptible y más sosegada que el primer año.

Se habían restituido a sus pueblos y a sus casas las gentes, gozaban de dicha familiar, de su pueblo, de sus campos... Pero ya no veían en su hogar a los seres queridos, martirizados o fallecidos.

Padecían la falta de producción, el desorden y el desbarajuste y ruina de tanto estrago.

Desde el primer momento de la paz la labor ha sido gigantesca e incesante y creciente.

Reconstrucción de caminos, vías férreas, puentes, fábricas, pueblos enteros! todo esto en número que abruma y que sería para llenar la

vida de muchos años. Todo se va haciendo — se ha hecho — con ritmo de vértigo, en una renovación general como una espléndida floración primaveral de toda la Patria.

Queda mucho aún por hacer.

La fiesta de este año ha visto la obra fecunda de dos años de paz.

Paz que alcanza a todos.

Todos gozamos de sus inmensos beneficios.

Paz consolidada que nada ni nadie puede alterar.

Paz lograda por el Caudillo por la superioridad del genio, por la competencia de los Mandos, por el mayor heroísmo de todo el Ejército, por la compenetración de todo el pueblo, por la gracia de Dios, sobre todo, que ha proporcionado y sostenido tanta maravilla.

Y el mismo Caudillo que ha vencido es el que mantiene levantada la espada, con todo el Ejército a sus órdenes y todo el país que le aclama orgulloso y agradecido.

El es el que asegura la paz interior y el que ha logrado orillar todo peligro exterior.

Por eso es día de bendecir a Dios por sus bondades sostenidas.

Día de expresar al Jefe del Estado nuestra gratitud y nuestra confianza ciega y nuestra lealtad y sumisión incondicional.

Este año ha sido día que entra en la normalidad.

El Día de la Victoria es la fiesta

PAX VOBIS

Año XLIII Zaragoza, 4 de Abril de 1941 Núm. 952

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) los primeros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Un ejemplar 2 pts. al año; 10 ejemplares 10 pts.; 100 ejemplares 100 pts.

Cuarta página con original propio, para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid

nacional que verá la posteridad como el comienzo de una era de estabilidad y de paz y trabajo fecundo.

Es, sobre todo, el día de la Victoria del espíritu cristiano.

Los cristianos desahogamos nuestro corazón que tanto ha sufrido y ha pedido.

Es preciso un día para dar gracias a Dios, para aclamarle con toda la

fuerza de nuestra alma, para cantar, para gozar de esta bendición y para pedirle que sepamos vivir dignamente y merecer su continua bendición.
FELIPE CLEMENTE.

MADRE DE DOLORES

"Todo está cumplido", exclamó Jesús; dobló su cabeza y murió en la cruz.

Se apagó en el cielo la lumbrera del sol; se extinguió en la tierra la antorcha de Dios.

Tembló estremecida la Tierra de espanto, y todos huyeron del monte Calvario.

Las santas mujeres y algunos discípulos de Cristo el cadáver recogen solícitos.

Con bálsamo y áloe perfuman el Cuerpo; y en nuevo sudario lo llevan envuelto.

Ya está en el sepulcro; se cerró la losa...

¡Ya ha acabado todo! ¡Qué espanto! ¡Qué [sombras!]

Sola está la Madre en un mar de penas; sola con su llanto. ¿Quién hay como Ella?

¿Quién como su Hijo, más que el Sol, hermoso, esplendor del Padre, su Verbo y su gozo?

¡Ha muerto su Vida! No hay consuelo humano; y aun el mismo Dios le ha desamparado.

Ha muerto Jesús de Dios sin consuelo;

su Madre está muerta viendo a su Hijo muerto.

¡Madre de Dolores! ¡Qué angustia la vida! no estar con Jesús es muerte continua.

¿Qué harás, triste Madre [dre en tierra manchada, llevando el puñal clavado en el alma?

La Sangre Divina ha regado el mundo. Ya está redimido; Jesús lo ha hecho suyo.

Tú serás la Madre de esta Humanidad. Tú, Madre de Gracia, nos has de salvar.
MARIANO.



TRIBUNAL BARATO

—Güenos días, señor Mago...!!
—¡¡¡ Mu güenos días tenga usted, señor Mago!!!

—Buenos días, buenos días nos dé Dios a todos. Ya veo que habéis venido muchos, y me figuro también el motivo...

Una voz de tiple. — A que nos cuente usted el cuento de los golondrinicos.

Otra que chilla. — A que nos cuente usted el cuento de to los años.

Una voz de bordón. — No señor, el

mismo no, u otro, el que quía su mercé.

Un chico. — A mí que cuente el de los golondrinicos.

Su padre. — Calla tú, descarau; que cuente lo que le paizca, de golondrinicos u de gurriones u de otros pajaros... ¿qué te importa a tú?

El tío Colás. — De lo que sea, u de palomas u de avispas, es un decir.

Una chica. — No señor, que las avispas pican mucho.

La tía Gacinta. — ¡Amos! qué ocu-

rrencia!; ¡de avispas ice qué! De los golondrinicos, como siempre.

El tío Colás. — De lo que sea, de lo que haiga pasau y si ha rematau.

Macario. — Si no fuá por respeto al señor Mago ya estábais toos arreando diaquí. No tenéis crianza, ni ducación, que no sabís lo qués eso... Lo mesmo que las bestias.

Sr. Mago. — Bueno, basta... Estad quietos y calladicos para no estorbar y oír bien.

Un chico. — ¡Señor Mago! Yo mestaré así, con los brazos juntos.

Otro. — ¡Señor Mago! Le diga que se tape los morros qui hace un ruido común tocino y no se siente.

El chico. — Y él m'ha pizcau...

Sr. Mago. — ¡Basta, bastá! Si no calláis no contaré nada.

La tía Roca. — Pos claro, a callar tol mundo. No se pué salir con vuestros a dengún puesto... ¡mal críaus!

Sr. Mago. — Pues señor... Hace muchos años...

Un chico. — ¿Más de vainte?

Sr. Mago. — He dicho que a callar...

Había en Jerusalén unas golondrinicas que tenían su nido en una casica del camino del huerto de Getsemani, y allí nacieron los golondrinicos, que se asomaban al borde del nido, pian-do en un guirigay que sólo entendían sus padres. Estos iban de caza volando de una parte a otra y les llevaban ricos mosquitos y otros mil insectos a sus hijicos. Al anoecer se entretenían un rato contándoles lo que había pasado durante el día y les iba instruyendo en lo que es el mundo en donde iban a entrar cuando les crecieran las alas, preparándoles para que supieran con quién se habían de juntar y de quiénes habían de huir; y referían historias terribles de pájaros potentes y malvados que tienen uñas y picos horribles y se comen a los golondrinicos. Los pobrecicos golondrinicos escuchaban temblando de terror y se apretaban bajo las alas de su madre y se dormían soñando las cosas más espantosas.

Uno de los golondrinicos pió asustado:

—Ya que tenemos alas podemos marcharnos por los aires.

—¿A dónde?—pió el padre.

—A aquel lucero tan hermoso.

—Está muy lejos, hijos míos.

—Cuando yo sea mayor iré aunque sea días y días hasta el cielo del lucero.

—Tus abuelos también quisieron y

no pudieron. Eran los más voladores del país; conocían todo el mundo; pero no pudieron llegar allí. Cayeron desmayados y les costó, por fin, la muerte. Antes de morir contaron cosas muy hermosas que habían visto en las regiones del aire... ¡Cuéntanos todo! —dijeron los golondrinos—.

Los cielos es lo más hermoso, es nuestro reino. Dios nos ha hecho vivir sobre toda la creación, hasta sobre los hombres; nos asemejamos a los ángeles, a los bienaventurados que están en los cielos con Jesús para siempre. No te engrías—interrumpió la madre—que por eso cayó el primer ángel y el primer hombre. Yo—dijo el padre—doy gracias a Dios y le reconozco como Padre y Señor. ¡Silencio!—pió el padre—, que viene gente. Era un grupo de hombres. ¿A dónde irían a aquellas horas? Nada bueno había que esperar. Lo chocante era que pasaban todas las noches y no les hacían nada. Iban silenciosos y pacíficos. Cosa rara. Un día, cuando estaba toda la familia dormida en el nido, el padre se deslizó sin ruido y se lanzó al aire. Hacía luna y se veía muy bien y pudo ver al grupo misterioso internarse en el huerto. También el golondrino se metió entre los olivos, sin ser visto, a observar. Se postraron todos en tierra y oraban con el mayor fervor. Sobre todo El Jefe, que parecía un profeta. El golondrino estaba emocionado. Aquellos hombres —¿eran hombres?— no lo parecían; eran buenos, eran excepción. Volvió al nido y se durmió pensando cómo era posible hombres tan buenos. Al día siguiente, lo mismo. Luego los vió de día y ya no podía perderlos de vista. Pudo saber que el Jefe era Jesús de Nazaret y le llamaban el Mesías; hacía milagros, curaba a los enfermos, resucitaba a los muertos...; estaba claro, era el Hijo de Dios. Muchos le seguían y le adoraban; muchos le aborrecían y le perseguían a muerte... ¡Qué horror y qué vergüenza para los hombres. Llegaron un día a reunirse en concilio y conjurarse contra El y condenarle a muerte. Aquello no se podía tolerar. ¿Pero ellos, pobres golondrinos, qué podían hacer? Estaba visto una vez más. Eran hombres y bastaba. No tenían remedio, estaban en absoluto dominados por el demonio. Había que huir de esta tierra de maldición cuanto antes. ¿Y a dónde irnos si toda la tierra está manchada?, replicó la madre. —¿Y nos iremos dejando aquí a Jesús?, dijo el golondrino más jovencito. —¿Y qué vamos a hacer?, exclamó el padre pesaroso; somos unos pobres golondrinos y nada podemos hacer, pero es preciso huir para no ser envueltos en la maldición de Dios que va a

venir sin remedio. ¡Vámonos al Cielo!; hay que avisar al Cielo de lo que pasa en la Tierra, pió exaltado el golondrino mayor batiendo sus alas y tentando satisfecho su fuerza. —¡Hijo mío!, no sabes lo que dices, respondió el padre. —Sí, insistió el hijo; ¡al Cielo, al Cielo!; hay que librar a Jesús de sus enemigos. Vendrá San Miguel con sus ejércitos y arrasará esta tierra infame. —¡Al Cielo, al Cielo!, exclamaron todos. —¡Por Dios, hijos míos!, no arméis escándalo que nos van a oír desde Jerusalén. Aquella noche la pasaron en los preparativos del viaje; no podían dormir; estaban nerviosos; soñaban con aquel vuelo en que llevaban el más grave mensaje de este mundo y estaban dispuestos a todas las fatigas. Todos espían el horizonte para sorprender al primer rayo de la aurora. ¡Por fin apareció la débil claridad y lanzaron un grito de alegría dando gracias a Dios y obsequiándole con una ternura de desagravio por las infamias de los hombres. Se pusieron al borde del nido y se lanzaron al espacio como una flecha desapareciendo al instante en el hermoso azul del cielo, y fueron volando, volando siempre hacia arriba. No se sabe cuánto estuvieron volando; lo cierto es que pasaron más alto que los cuervos, los buitres y aun las águilas y siguieron spbiendo por espacios limpios y hermosos, por regiones de luz, sin polvo, sin animales ni peligro alguno, con una alegría encantadora. Oyeron unas músicas deliciosas, luego se cruzaron con ángeles bellísimos que pasaban como un rayo de luz; iban y venían y no les dijeron nada. Por fin vieron a lo lejos como una ciudad de belleza insospechada y allí fueron derechos. No llevaban pasaportes ni documentación alguna por la precipitación del viaje; como iban volando pasaron por encima de las enormes torres y pararon un momento sobre aquellos tejados de oro para orientarse; al momento observaron una ventana abierta y penetraron en una inmensa galería que se perdía de vista llena de aparatos transparentes y maravillosos de donde partían líneas finas de luz y fuerza a todo el universo y mantenía el movimiento y la armonía, vigilado y servido por millares de ángeles. ¡Hermanos ángeles!, dijo el golondrino padre. ¿Sabéis lo que pasa en la Tierra? Van a matar a Jesús. Todos los ángeles se conmovieron y estremecieron de espanto e indignación. Aniquilarían la Tierra y la reducirían a ceniza. Recordaban la hazaña de San Miguel poniéndose al frente de los ángeles buenos y derrotando al demonio. Otro ángel traía a la memoria que había expulsado del paraíso a Adán y Eva,

guardando la entrada con espada de fuego y contaban el exterminio del diluvio universal, el fuego de Pentópolis, la matanza de los primogénitos de Egipto. Nada, los hombres no se enmiendan. Ahora ¡se atreven con el Hijo de Dios! ¡cuidado!, avisó un ángel; el Señor les ha dado ahora mismo a los hombres su Carne y su Sangre! Todos quedaron asombrados. Es la última tentativa. ¡Alimentarlos con su misma sustancia! para transformarlos y elevarlos.

En aquel momento miraron a la Tierra y vieron a Jesús en el Cenáculo radiante de luz vivísima que no percibían los del mundo. ¡Quién había de sospechar! Ahora sí que todo será transformado. Contemplaban la Tierra emocionados esperando una irradiación repetina de santidad. Los golondrinos, esperaban ansiosos la liberación de Jesús. Le vieron triste salir con los once del Cenáculo, pasar luego junto a su nido abandonado y entrar en el Huerto. De repente aquella turba de facinerosos con el traidor a la cabeza lo detienen y se lo llevan atado como a un malhechor. ¡Qué noche! Iban a intervenir, pero se contuvieron esperando una sorpresa del plan divino. Siguieron todos los trances espantosos de la Pasión. Lo sacaron con la cruz, camino del Calvario. ¿Qué aguardaban? Se contuvieron por respeto al Señor. Pero ¿y la lealtad y el amor no les obligaba a adelantarse? Ya lo habían tendido sobre la Cruz, lo levantan, ya está... No pudieron más. Batiendo las alas con indignación que estremeció los astros un ángel movió un resorte y apagó el sol y toda la iluminación del cielo que quedó en oscuridad espantosa. Otro ángel movió una palanca y empezó a temblar la Tierra, las piedras se agrietaban y chocaban entre sí. Todo iba a destruirse. Entonces se oyó la voz de Jesús que decía: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu". Los ángeles todos se postraron de rodillas en presencia de la Víctima Divina y observaron la Sangre de Jesús que caía sobre el monte y que todo lo limpiaba y embellecía con una hermosura sobrenatural; que se iba extendiendo y purificando el mundo. Cuando vieron resucitar a Jesús la alegría de los cielos no tuvo límites. Los ángeles vieron que los hombres eran los redimidos por la Sangre de Jesús, destinados a la santidad y viviendo de la vida divina gozar siempre de su compañía en el cielo.

Un chico.—¿Y qué paso con los golondrinos?

—Que volvieron al mundo y nos contaron este cuento.

EL MAGO.

se ha trasladado a la calle Mayor núm. 6, segundo derecha
Ayuntamiento de Madrid

OTRO DE CRISIO

UNA MIRADA A LA TIERRA

En este tiempo hermoso de la primavera gozan de una observación maravillosa los que gustan de ver la naturaleza.

Cuando empieza a lucir el sol y el tiempo se despeja y se entibia el ambiente asistimos a un espectáculo de belleza espléndida. Un despertar general de todos los seres que parece una resurrección universal o una nueva creación. Hemos presenciado un invierno crudo con nevadas copiosas y prolongadas que nos han traído la inmaculada hermosura de los paisajes alpinos. Luego, como todos los inviernos, contemplábamos melancólicos el aspecto estático del campo con el esqueleto de los árboles, un día y otro, sin variación alguna, como una naturaleza muerta. Pero se ha iniciado la primavera y se ha producido una explosión de vida que todo lo ha llenado de alegría. Los árboles han reventado las yemas, salen las hojas, se estiran las ramas y se multiplican por todas partes, cubriéndolo todo con ese verde hermoso de mil matices bellos y limpios; el campo, el árbol, el monte, la ladera, el ribazo, el borde de la acequia... exuberancia de vida que todo lo inunda y desborda.

Todos los años pasa lo mismo y esperamos anhelantes este espectáculo. Vamos al huerto y observamos cuidadosamente día tras día las yemas que se hinchan; por fin revientan y aparecen las nuevas hojillas tan lindas y lustrosas y que nos aparecen siempre con nueva hermosura.

Así hace el labrador que va a los campos y ve las primeras hojas, a las primeras flores del frutal, corta un ramillo y lo lleva a casa para regocijo de todos.

Es la continua renovación y es el fenómeno lleno de misterios del crecimiento.

No es solamente—como ya hemos contemplado llenos de asombro—el aumento de grandor en la planta.

Hemos visto aparecer una plantilla tenue y luego ha ido creciendo y se ha hecho grande. Es cierto, pero es algo más, mucho más. Se ha complicado extraordinariamente de modo incomprensible. Han ido apareciendo nuevas formas, nuevos elementos, nuevos órganos... No se parece—en muchos casos—nada a lo que era en un principio.

¿Es la misma planta? No podemos dudarlo; la hemos visto un día y otro y ha ido transformándose tan lentamente que hemos comprobado plenamente su continuidad; pero al fin las variaciones han sido tan grandes que no tiene la menor semejanza. Primero una línea vertical, luego, yemas, ramillas débiles; después ramas y más ramas, hojas, flores, frutos... Ahora es un árbol robusto, de tronco resistente—que servirá de viga a un edificio—con corteza basta, leñosa, y una copa frondosa y corpulenta; todo ha cambiado.

Veamos el proceso. Ha aparecido en

el tallo liso y homogéneo un ligero abultamiento, se ha hinchado y ha aparecido una yema. Ya tenemos un nuevo órgano, un instrumento de producción de cosas nuevas, de hojas, ramas, flores y frutos. Cada uno de estos nuevos órganos son una innovación transcendental por su estructura y sus efectos. Mirad la rama que aparece; ved la flor primorosa de una delicadeza y belleza insuperable; contemplad el fruto. ¡Cuánta maravilla!

Cuando observábamos el crecimiento en la primera impresión, ya notábamos el absurdo que suponía el aumento de tamaño y el desplazamiento de todos los elementos y estructura. Recordemos el ejemplo del arquitecto que idea un plan de construir un gran edificio y comienza por hacer una débil cabaña, y apenas la termina empieza a agrandar el recinto, y hacer más gruesas las paredes y más elevado el techo; y en cuanto termina esta reconstrucción vuelve a ampliar y elevar y engrosar los muros y así incesantemente hasta que la cabaña fuera una cabaña gigantesca, como una catedral. Veamos que esto sólo puede imaginario un loco. Incomparablemente más incomprensible si suponemos el empleo de materiales que al poco tiempo envejecen y nos empeñamos en la tarea de una renovación incesante de todos los elementos constructivos. Todo sin que se interrumpa la utilización del edificio.

Esto es una cadena de absurdos que observamos en el crecimiento de los vivientes, plantas y animales, como notamos en anteriores miradas.

Pero ahora se añade otro nuevo absurdo que hace más sorprendente y maravilloso el crecimiento. Es el cambio continuo de plan o el desenvolvimiento del plan, la variación incesante de todo el viviente.

Ya no es la cabaña primitiva que va creciendo a nuestros ojos; el recinto se divide en varias piezas, y cada una con un destino propio, y aparecen nuevos servicios y puertas y escaleras, ventanas, balcones, pisos; acabada la construcción se duplican o triplican los pisos y surgen nuevas escaleras, ventanas, tejados, cocinas, salas y dependencias para volver a multiplicarse en seguida siempre con aumento de elementos nuevos y materiales y colores. Y así incesantemente hasta morir.

Sólo el pensarlo produce fatiga.

Y así es; así ocurre en las plantas como hemos notado; es lo que vemos de continuo con una exactitud y seguridad absoluta y sin que se pare el hombre ante ese prodigio estupendo realizado con una sencillez y facilidad que lo hace pasar desapercibido, y que sin embargo acusan una sabiduría infinita y un dominio absoluto del mundo que está en las manos del Creador que por todas partes denuncia su presencia con el derroche de poder y de belleza.

JUAN DE LA CRUZ

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:

Don Alejandro de Ajuria, Bilbao; D. Manuel Valiente, Atea; D. Cosme Triarte, Mañeru; D. Antonio Oto, Alcubierre; D. Pablo Alvarez, Pina de Ebro; doña Dolores Llop, Villanueva del Cid; D. José Clemente, Loeches; doña Carmen Campoamor, La Coruña. Dios se les pague.

Precios de suscripción de "EL ECO DE LA CRUZ" que rigen desde 1.º de enero de 1941

1 ejemplar	2 ptas.
2 "	3 "
3 "	4 "
4 "	5 "
5 "	6 "
10 "	10 "
100 "	100 "
500 "	400 "
1000 "	800 "

EL ECO DE LA CRUZ, con original propio en la cuarta plana es muy útil para "Hojas Parroquiales", "Asociaciones de Antiguos alumnos", "Boletines" de Patronatos, Juventudes, Organizaciones Católicas, etc.

Pídanse precios y muestras.

BIBLIOTECA DE

OBRAS PUBLICADAS

(Premiadas en el Concurso Villahermosa — Guaquí)

LA EUCARISTIA Y LA COMUNION DIARIA, por el M. I. Sr. D. Juan Buj. Precio, 2 pesetas.

LA BRUJA BLANCA. Las dos partes en un solo volumen, 3 pesetas.

LAS AVENTURAS DEL DIABLO, por Julio Ascanio, con muchos grabados geniales, 2'50 ptas. (Agotada).

MEMORIAS DE UN SOCIALISTA, por Julio Ascanio, quinta edición, 0'80 pesetas.

LA ARAÑA O LA CASA DEL CRIMEN, novella de gran interés, por Julio Ascanio, 1 peseta. (Agotado).

EL HOMBRE MISTERIOSO, por Julio Ascanio, 0'60 ptas. (Agotado).

EL MAGO. Tomo I (Agotado).

EL MAGO. Tomos II, III y IV, con 200 páginas y cartas de Macario, 2'50 ptas. cada uno.

EL HOGAR EN CENIZA, por don Rafael Pamplona, 150 páginas, 2'50 ptas.

DESDE MI CARTUJA Y MI TEBADA, por Nardo, con inspiradísimos grabados, 5 ptas.

DOS VOCACIONES, por Marina, 2'50 ptas. (Agotado).

LA SOMBRA DE JESUS. Leyenda histórica, por don Rafael Pamplona, 0'65 ptas.

T. E. "EL NOTICIERO" — COSO, 79 — ZARAGOZA

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.

Ayuntamiento de Madrid